El Diplomático
3455

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.

Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

19

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA, *publicadas hasta 1.° de Mayo de 1853.*

Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—
cion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—
beroni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfon
Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—A mante prestado.—Amantes de Teru
Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madr
Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga sus agravi
Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—Arag
Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortu
Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de
lon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomber
Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Bl
de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de I
jaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razo
Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Cap
Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Ca
vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate
interés.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médic
Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan,
ticia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—C
el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—
modin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar p
reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldad
Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Cor
Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negr
Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuar
hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de u
ma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiad
Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuel
Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se junta
Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—
Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el
plazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Jua
Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonda.—
ña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—
ña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Do
lidos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos virey
Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duq
Alba.—Duquesita.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se
por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeñ
una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entren
do.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escalera de mano.—Escuela d
casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada d
padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrel
oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion.—Escomulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fan
por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairen
Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—
quezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Lui
Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé, esper
y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garc
de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondoler
Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo Colman.—Gui
mo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani,
honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija de
gente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—
predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombr
mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—

EL DIPLOMÁTICO:

comedia en dos actos

escrita en francés por Mr. Scribe.

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

PORTA DE CUESTA
MADRID

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Abril de 1844.

12. ed. - Repullés 1834

PERSONAS.

EL GRAN DUQUE.
EL PRÍNCIPE RODULFO, *su sobrino.*
LA MARQUESA DE SURVILLE.
EL CONDE DE NIEPERG, *enviado de Baviera.*
ISABEL, *su hija.*
EL BARON DE SALDORF, *enviado de Sajonia.*
EL CABALLERO DE CHAVIGNI.
RINFELD, *secretario del príncipe Rodulfo.*
HERMAN, *criado de la marquesa.*

La escena pasa en un principado de Alemania, en la casa de campo de la marquesa de Surville.

Esta Comedia, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837, y la de 16 de Abril de 1839, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

El teatro representa un salon muy elegante. En el fondo se ve el jardin. Puertas laterales que conducen á las habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

EL PRÍNCIPE *y* LA MARQUESA *salen por la puerta de la derecha.*

Marquesa. Vete, amigo mio; ya hace rato que ha amanecido.

Rodulfo. Un instante mas; por qué me echas tan temprano? Siempre eres tú la primera que te despides.

Marquesa. Qué reconvencion tan injusta! Sin duda crees que no me cuesta á mí esfuerzo ninguno... ingrato...!

Rodulfo. Querida Elisa!

Marquesa. Vete, querido Rodulfo, te lo suplico: pueden echarte de menos en palacio; y (*Bajando la vista.*) si á estas horas encontrase alguno á V. A...!

Rodulfo. Ah! me encanta ese respeto! pero tranquilízate: mi alteza nada tiene que temer. Aun cuando me viesen salir de esta quinta, quién podria sospechar que vengo aqui á galantear á mi misma esposa?

Marquesa. Nadie seguramente puede saber nuestro secreto... y si lo supiesen... seria mucho peor; sobre todo, teniendo como tú la desgracia de ser sobrino de un gran duque, de un soberano... de un príncipe aleman, incapaz de admitir razon alguna en defensa de un enlace desigual. En vano le dirias que al darme

677561

la mano existia aun su hijo, y que no podias prever entonces ser un dia heredero de su trono. En vano le repetirias que he sido cinco años el objeto de tu amor... todas estas razones, que á mí me parecen muy fundadas, no tendrian igual fuerza con tu tio, y nuestro enlace sería anulado. Le parece á V. A. que esto sería justo?

Rodulfo. No, Elisa mia; el poder y los honores que me esperan no los quiero, no los deseo sino para tí. Si ocupo el trono, tú sola reinarás en estos dominios; y el título que yo prefiero á todos los demas es el de esclavo tuyo.

Marquesa. Pues bien; un súbdito debe obedecer á su soberano.

Rodulfo. Dispon de mi vida.

Marquesa. Pues te mando que me ames eternamente.

Rodulfo. Nada temas, alma mia; jamas conseguirán separarnos.

Marquesa. Te confieso que tengo ahora algunos motivos para esperarlo asi.

Rodulfo. Sería posible! pronto... dime...

Marquesa. Es demasiado tarde: vuélvete á palacio.

Rodulfo. Nadie me espera. En estas cercanias han dispuesto hoy una partida de caza, y desde aqui puedo reunirme con el gran duque. Por lo tanto tengo todavía algunos instantes. Hablemos de nuestros asuntos: no he venido con otro objeto...

Marquesa. Y te acuerdas de ello en el momento de marchar!

Rodulfo. Ya ves...! Quién tiene la culpa...? pero, vamos; dime pronto...

Marquesa. Ya te acordarás de que hace algunos años, cuando fuiste á Francia con tu preceptor, y empezaron nuestros amores, yo era dama de honor de la mejor y mas amable de las princesas. No te haré su elogio; sería largo é inútil, pues la conoces. A ella sola confié el secreto de nuestro casamiento. Desde entonces, á pesar de verme lejos de ella, he continuado confiándole las inquietudes y temores que amenazaban mi porvenir. Pues juzga si tenia razon de contar con su amistad: en este momento está trabajando en favor nuestro.

Rodulfo. Es posible!

Marquesa. En su última carta me dice que dentro de pocos dias llegará aqui de París un sugeto en quien podremos depositar nuestra confianza: un sugeto habilísimo, que sin ninguna mision ostensible viene secretamente encargado de hacer saber al gran duque nuestro casamiento, y obtener su aprobacion por todos los medios posibles.

Rodulfo. Ah! esa es ya mi única esperanza! El socorro no podia llegar mas oportunamente. Si supieras el compromiso en que me encuentro.

Marquesa. Cuéntame por Dios...! Mira, mi corazon no conoce los celos ni la desconfianza; pero, de quién es el retrato que escondiste ayer cuando yo entré?

Rodulfo. Qué! viste...?

Marquesa. Sí; y no me he atrevido á hablarte de ello...

Rodulfo. Ni yo tampoco me atreví! Aquel retrato...! y eso no es todavía nada. Si supieras... en fin... sabe que hay dos.

Marquesa. Qué dices!

Rodulfo. Silencio... alguien se acerca.

Marquesa. No temas nada; es de los nuestros; es Herman.

ESCENA II.

DICHOS. HERMAN.

Herman. Señora, una carta para vos: esperan la respuesta.

Rodulfo. Y de quién?

Marquesa. (*Dandósela.*) Míralo tú mismo.

Rodulfo. (*Leyendo.*) «Un antiguo amigo que llega de Francia pide permiso á la señora marquesa de Surville para ponerse á sus pies. Tiene noticias que comunicarle de París y de los amigos que tiene en aquella capital; pero no se atreve sin su especial consentimiento á presentarse esta misma mañana en su casa de campo.» -- Firmado. -- «El caballero de Chavigni.»

Marquesa. El caballero de Chavigni! ese está al servicio de la princesa, y sin duda viene de parte de S. A. Cielos! Este es el que esperamos! (*A Herman.*) Que venga esta misma mañana, que venga al momento..., lo mas pronto que pueda.

Herman. Está bien, señora.

Rodulfo. Espera un instante, Herman. No sería mejor citarlo á palacio? Es absolutamente preciso que yo le instruya de un negocio importante que tú ignoras aun.

Marquesa. En palacio! qué idea! olvidas que viene secretamente aqui para ponerse de acuerdo con nosotros antes de hablar al gran duque? Olvidas que se observan tus pasos...?

Rodulfo. Tienes razon; sería imprudente: pensaré un medio mejor... á Dios; tengo que dejarte. Y cuándo podremos volvernos á ver?

Marquesa. No sé...!

Rodulfo. Y por dónde me avisarás...?

Marquesa. Eso dependerá de tí mismo.

Rodulfo. Qué quieres decir?

Marquesa. (*Bajando la vista.*) Los dos retratos de que hablamos hace poco...

Rodulfo. Qué?

Marquesa. Puedes venir, el dia que resuelvas entregármelos.

Rodulfo. (*Con viveza.*) Hoy mismo quedarán en tu poder.

Marquesa. De veras...! A Dios, á Dios: vete pronto; Herman, acompaña á S. A., y ten cuidado de que nadie le vea.

Herman. S. A. tendrá que salir por el jardin, pues por este lado en el salon hay ya gente.

Marquesa. A estas horas! y quién?

Herman. Un caballero de cierta edad y su hija: el conde de Nieperg.

Rodulfo. El enviado de Baviera!

Marquesa. Pues cuándo ha llegado?

Rodulfo. Ayer tarde: le conoces?

Marquesa. En París vino algunas veces á mi casa; pero cuidado que no te vea. Tiene tal arte y suspicacia que no tardaria en sorprender nuestros secretos.

Rodulfo. No temas nada. Herman, hazlos entrar; entre tanto yo atravesaré el jardin. A Dios, vida mia.

Marquesa. Hasta la noche!

Rodulfo. Ó antes, si puedo. (*Se va por el fondo.*)

ESCENA III.

LA MARQUESA. EL CONDE. ISABEL. HERMAN.

Herman. (*Anunciando.*) El señor conde de Nieperg y su hija. (*Se va Herman, y los dos anunciados entran por la izquierda.*)

Marquesa. Qué agradable sorpresa! Vos, señor conde, por estos paises?

Conde. Sí señora, un viaje de distraccion. Mi hija, á quien tengo el honor de presentaros, no conocia la Alemania. He querido consagraros mi primera visita: no hacemos mas que llegar, acabamos de apearnos.

Isabel. Es decir, papá, llegamos anoche.

Conde. Anoche, despues de las doce, es ya el dia de hoy... y ya conozco que este viaje ha hecho mucho bien á mi salud.

Isabel. No, papá! estabais demasiado inquieto. No pasaba un momento sin preguntar si el baron de Saldorf, enviado de Sajonia, nos habia precedido. Yo quisiera saber qué mas dará llegar una hora antes que despues.

Conde. Isabel!

Isabel. Ay Dios mio, hago mal en decir esto? Os incomoda que lo cuente?

Conde. (*Disimulando.*) Incomodarme de ninguna manera.

Isabel. No volveré á hablar de este viaje; solo deseo desquitarme aqui del fastidio que he sufrido en el camino.

Marquesa. No me atrevo á ofrecéroslo. En esta corte todo es serio y grave... los placeres son raros, y las fiestas tampoco abundan.

Isabel. Pues yo espero que ahora no falten algunas, porque mi padre, que jamas me dice nada, me mandó traer mis vestidos de baile... Bien sabeis lo que esto significa; á lo menos yo lo comprendí al momento. Papá ha tenido tambien la bondad... (porque escepto hablar, nada hay qué no me conceda) de comprarme un magnífico manto de corte.

Conde. Yo!

Isabel. Ya sabeis; como el que llevaban las damas en el casamiento de nuestra reina.

Marquesa. (*Aparte.*) Oh cielos!

Isabel. Y quién sabe si el mio estará destinado á una ceremonia semejante.

Conde. (*Con viveza.*) Isabel!

Isabel. Ay Dios mio! hago tambien mal en decir esto? No os enojeis: en mi vida volveré á hablar de vestidos de corte, de bailes, ni de casamientos.

Marquesa. (*Afectando sonreirse.*) Al contrario! hablemos de eso. Hola, hola, señor conde, vos ocultais á una antigua amiga... vaya, no sois el mismo, porque al fin como francesa, tengo que sostener el honor del pabellon; y confieso que sentiria infinito verme eclipsada por las damas de esta corte. Hablad... hablad, amigo mio... mi propio interes es el mejor garante que puedo daros de mi discrecion.

Conde. Siento infinito que la ligereza de esta niña me prive del mérito que podia tener la confianza que pensaba haceros... conociendo vuestro influjo, y la justa estimacion que gozais en el pais... bien podeis conocer que seria mi ánimo reclamar vuestro servicios...

Marquesa. De veras? Las mugeres tenemos sin embargo tan poca consecuencia en las ideas graves, comprendemos con tal dificultad los serios negocios que ocupan á los hombres... Lo que es por mi parte, cuando no se trata de modas nuevas, confieso mi incapacidad.

Isabel. Otro tanto me sucede á mí; por eso papá jamas me admite en sus confianzas.

Conde. Y me parece que no hago del todo mal. Sin embargo, hoy quiero hacer una escepcion, confiándotelo todo, y espero que reconozcas la necesidad que tengo de tu discrecion. (*A su hija.*) Se trata, señora, (*A la Marquesa.*) de un matrimonio entre una de nuestras princesas y el príncipe Rodulfo.

Marquesa. (*Aparte.*) Oh cielos...! (*Alto.*) Hay algunos obstáculos...?

Conde. Y muy grandes.

Marquesa. (*Aparte.*) Respiro.

Conde. He sabido, á no poderlo dudar, y por medios que exigirian una larga esplicacion, que la Sajonia tiene iguales intenciones.

Marquesa. (*Aparte.*) Dios mio! un enemigo mas!

Conde. El baron de Saldorf, su enviado, está para llegar de un instante á otro con el fin de negociar este im-

portante asunto. Existian ya entre nosotros antiguas rivalidades, y á toda costa es preciso que yo triunfe de mi adversario.

Marquesa. Y si el príncipe no quisiera casarse?

Conde. No está en su mano el oponerse. Las obligaciones que tiene con el Estado son mas poderosas, por la dignidad que ocupa, que las consideraciones ordinarias que prevalecen en las otras clases de la sociedad. Ya habreis conocido que aunque llegué anoche no he perdido el tiempo... tengo ya confidentes que con la mayor actividad me tienen al corriente de cuanto pasa... y lo que es mas, esta mañana he tenido ya una conferencia con el gran duque, que se halla favorablemente dispuesto, aunque todavía no se atreve á resolver.

Isabel. Todo eso habeis hecho desde ayer, y ni siquiera lo he notado! Voy viendo que tienen razon en decir que los diplomáticos no duermen.

Conde. Lo que yo os pido al presente, marquesa, es que seais de nuestro partido; que hableis no solamente al príncipe, sino tambien en la corte, en vuestra tertulia. En las tertulias es donde se forma la opinion... Para triunfar en esta clase de negocios no hay auxiliar tan poderoso como las mugeres, sobre todo las mugeres de talento. El talento es en este siglo una potencia formidable.

Marquesa. En ese caso mi poder es bien limitado.

Conde. Hay monarcas que no conocen todo lo que pueden, y en este caso estais vos, marquesa... El segundo favor que solicito de vuestra amistad es que me hagais el gusto de tener en vuestra casa á mi hija durante mi permanencia aqui.

Marquesa. Ese es un favor en que yo sola debo ser la agradecida. (*Pasando al lado de Isabel.*)

Isabel. Ah señora! Sois demasiado amable. Conozco que mi padre teme mis indiscreciones y aleja de sí el peligro.

Conde. Qué tontería! Si quieres que te diga la verdad... y aparte la diplomacia... te he puesto bajo la proteccion de esta señora, porque hay aqui cierto sugeto cuyas intenciones no me gustan mucho. Cierto sugeto que conoces muy bien, y que nos encontramos en todos los viajes.

Isabel. Eso puede ser una casualidad.

Conde. (*A la marquesa.*) De ilustre nacimiento, es verdad, hijo de un antiguo amigo mio; pero un aturdido... Yo mismo le he dado las primeras lecciones; y he tenido que dejarlo por su abandono, porque jamas hará cosa de provecho.

Isabel. Es decir, porque no será jamas diplomático...; pero eso no quita que pueda ser otra cosa. Creereis, señora, que por complacer á papá y obtener mi mano, ha estado ensayándose en la carrera diplomática? Dos años ha estudiado en París en el ministerio de negocios estrangeros; pero no pudo entender una palabra... no es culpa suya si no tiene vocacion. Y por eso tan solo, mi padre no lo puede sufrir... y lo que es yo, si he de dar mi opinion en la materia, por eso solo le prefiriria. No quiero ser muger de un embajador; confieso que no soy bastante reservada para ese papel. Es fuerte cosa tener que preguntar todas las mañanas á su marido el semblante que es preciso poner el resto del día... eso es terrible! vivir, como si dijeramos, representando siempre una comedia...! La vida entera me pareceria un baile de máscaras; y estos bailes son tan fastidiosos...

Conde. No siempre. Es verdad, marquesa? Pero cualquiera que sea en esto mi intencion no es este el momento de discutirla. Lo importante es que os encargueis de mi hija: tengo demasiados negocios agenos para ocuparme en los propios, y precisado á saber lo que pasa en las otras casas, no tengo tiempo de saber lo que pasa en la mia. Dejando á mi hija á vuestro lado quedo tranquilo, y no temo las persecuciones del caballerito de Chavigni.

Marquesa. Cómo! el caballero de Chavigni...? Un francés...?

Isabel. El mismo.

Marquesa. Y es ese la causa de vuestros temores?

Conde. Ya no le temo. Cómo se ha de atrever á venir aqui?

ESCENA IV.

LOS MISMOS. HERMAN, *por la izquierda.*

Herman. (*Anunciando.*) El caballero de Chavigni.

Isabel. Dios mio!

Conde. (*A la marquesa.*) Cómo es esto! Tambien aqui le encuentro...! Sabeis, señora, con qué motivo viene á este pais?

Marquesa. (*Algo turbada.*) A la verdad... yo no sé una palabra: ignoro lo mismo que vos... (*Aparte.*) Qué contratiempo! Cómo disiparia yo sus sospechas!

Conde. Cuando yo os decia que ese caballerito nos persiguiria por todas partes... parece que no tiene mas ocupacion en el mundo que contrariar todos mis proyectos.

Isabel. (*Aparte.*) Mi padre dirá lo que quiera, pero para no entender una jota de diplomacia no deja de tener habilidad. (*El conde y su hija se retiran á la derecha del fondo.*)

ESCENA V.

DICHOS. CHAVIGNI.

Chavigni. (*Entrando y saludando á la marquesa.*) Tengo el mayor placer en que me hayais permitido ponerme á vuestros pies esta misma mañana. Cuán lisonjero es para un buen francés el encuentro de una amable compatriota, despues de un largo viaje! (*Reparando en los personages que estan en el fondo.*) El conde de Nieperg! Isabelita! Vamos, hoy es dia de hallazgos. Sin ir mas lejos hé aqui tres admirables!

Conde. (*Con ironía.*) E imprevistos, no es verdad? Vos no esperabais seguramente vernos aqui.

Chavigni. No á fé mia: la última vez que os vi me dijisteis que partiais para Dinamarca; y lo sentí mucho, porque me han encargado negocios de la mayor importancia que me detendrán por algun tiempo en este pais.

Conde. Negocios á vos?

Chavigni. Sí señor, á mí... y una grave negociacion.

Marquesa. (*Aparte.*) Imprudente!

Chavigni. V. E. se admira! ya lo presumia yo: teneis de mí una opinion tan ventajosa! No me creeis capaz de redactar un protocolo... yo valdré á lo sumo, segun vos, para llevar despachos diplomáticos. Pues, señor mio, en la corte de Francia piensan de otra

manera, y han resuelto poner á prueba mi capacidad; y como nadie es profeta en su pais me envian á Alemania.

Isabel. (*De mal humor.*) Ay! Dios mio...! esto es lo que yo temia...! Con que ya sois embajador?

Chavigni. Poco mas ó menos. (*Al conde.*) Yo os instruiré de todo... y vos me dareis vuestros consejos... no es verdad?

Marquesa. Cómo! pensais hacer representar al señor un papel secundario; un papel de confidente al señor... al enviado de Baviera!

Chavigni. Es posible...! tambien sois vos enviado estraordinario? Con que tengo el honor, aunque sea por casualidad, de ser una vez siquiera vuestro colega...? No importa, mi nueva dignidad no me alucina hasta el punto de desconocer vuestra superioridad. Os diré de lo que se trata. Al fin de este mes hay en las Tullerías un baile, una fiesta magnífica. En este baile deben figurar cuadrillas de diferentes naciones: quieren que una de ellas se vista con trages de éste pais, que son tan elegantes y pintorescos; pero cómo conseguir la exactitud y propiedad! Yo me ofrezco á tan árdua empresa, y propongo venir á estudiarlos... sobre el terreno. Conociendo mi celo é integridad, me confian esta importante mision, y aqui me teneis revestido de los mas ámplios poderes. Este es el caso.

Marquesa. (*Aparte.*) Me ha entendido; ya respiro... y ha salido del apuro muy ingeniosamente!

Chavigni. Hasta la presente, mi embajada marcha bajo los auspicios mas felices... Esta mañana á algunas leguas de aqui me ha sucedido ya la aventura mas graciosa... Yo venia solo en mi silla de posta entregado á mis combinaciones diplomáticas, cuando sin saber cómo, hago volcar un pesadísimo landó, un enorme edificio de construccion alemana. Me parece que estoy viendo todavía al triste viajero... algun conde del sacro-romano imperio, reprenderme porque corria tanto como el viento. Es preciso que un francés vaya siempre á escape; y que un embajador manifieste á todas horas que está de prisa. Vos mismo me lo habeis dicho cien veces... no es verdad?

Conde. Y solo por buscar disfraces para un baile ha-

beis corrido cuatrocientas ó quinientas leguas?

Chavigni. Toma! muchas veces habeis corrido vos el doble por negóciaciones menos difíciles. Lo que es esta, bien convendreis en que es de las mas delicadas. Desde luego me pone en contacto con las mugeres mas lindas del pais; y para no dejarse seducir... para no distraerse con ellas, para no atender á las personas, sino esclusivamente á los trages, ya veis que se necesita cabeza... Vos, que tanto hablais, tal vez perderiais la vuestra... pero por lo que hace á mí, no hay miedo; bien es verdad que tengo menos mérito que otro alguno, pues hace mucho tiempo, (*Mirando á Isabel.*) que poseo un antídoto contra las ligerezas del corazon. (*Pasa á la derecha de Isabel.*)

Isabel. Pues es preciso confesar que vuestra mision es de las mas singulares...

Conde. (*Aparte á la marquesa.*) Tan singular, que en cuanto acaba de decir apostaria que no hay una palabra de verdad.

Marquesa. (*Sonriéndose.*) Soy de vuestra opinion: el objeto será otro... (*Señalando á Isabel.*) que sin duda adivinais.

Chavigni. (*Aparte y mirándolos.*) Qué tienen estas gentes? Parece que no me creen; sin embargo, yo he dicho la verdad.

Conde. Y pensais presentaros á la corte y al gran duque?

Chavigni. No ciertamente; no tengo credenciales... estoy aqui incógnito, sin carácter diplomático. Por esta razon no queria ver mas que á la marquesa de Surville. Su buen gusto y conocimientos pueden guiarme en la dificil mision de que me hallo encargado.

Marquesa. (*Con intencion.*) Al menos haré cuanto pueda por ayudaros; pero hablando de otra cosa, quiero enseñar á esta señorita el cuarto que la destino... Se queda conmigo, (*A Chavigni.*) bajo mi proteccion y vigilancia. Su padre me la confia.

Chavigni. (*Gozoso.*) De veras! espero que este amable testigo no será un obstáculo á las graves conferencias que debemos tener.

Marquesa. Nada de eso, caballero; negocios de tal importancia, no se tratan sino en secreto... (*Con intencion.*) Volveremos á vernos, pero sin testigos,

á no ser que tengais miedo de estar solo conmigo.

Chavigni. Señora, un diplomático no tiene miedo á nada. (*La marquesa da la mano á Isabel, y entran en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VI.

EL CONDE. CHAVIGNI.

Conde. Ya que estamos solos, hablemos con franqueza, porque bien sabeis que en nuestra carrera tenemos dos verdades.

Chavigni. Sí, una que no es verdad...

Conde. Esa es la primera; mas solo tratamos aqui de la segunda. Ya conocereis seguramente que yo no puedo creer el motivo que ostensiblemente dais á vuestro viaje.

Chavigni. Pues sin embargo, os aseguro por mi honor que no tengo ningun otro... vengo por los trages de baile, y esto es lo cierto; y ademas no queriendo hacer el gazmoño con quien sabe mucho mas que yo, os confesaré que me he encargado de este asunto por emplear las seis semanas de licencia que me proporcionaba el placer de seguiros... pocos dias bastan para llegar aqui, y hace ya mas de un mes que salí de París... Está resuelto que he de deberos mi educacion diplomática, desde las primeras lecciones, hasta los viajes con que las estoy perfeccionando.

Conde. (*Sonriéndose.*) De veras! Oidme, querido Chavigni. Sois un jóven amabilísimo, á quien estimo particularmente, lleno de viveza, de talento...

Chavigni. Doy á V. E. millones de gracias... esta me parece la primera verdad diplomática, eh?

Conde. No: es la segunda... hemos convenido en no emplear otra, pues solo se tratan asuntos de familia. Veo con el mayor sentimiento lo mucho que amais á Isabel, y debo poner término á vuestras esperanzas, cuando no pueden realizarse... Os abriré el fondo de mi corazon aunque me cueste afligir el vuestro. Mi hija no será nunca vuestra esposa.

Chavigni. Quedo reconocidísimo á tal franqueza... Es un esfuerzo estraordinario que haceis en mi obsequio. Mi

hacienda, lo sé, es muy corta, y la vuestra es inmensa...; pero yo no ambiciono vuestras riquezas... y renunciaria gustosísimo...

Conde. Podeis creer que un motivo semejante influya en mi determinacion...? Para hacer justicia á mis razones, recordad tan solo que este enlace fue convenido hace algun tiempo entre nuestras familias; pero despues he mudado de parecer: tengo miras acerca de mi hija: quiero en fin un yerno que pueda asociarse á mis ideas... un yerno que siga con honra y distincion la carrera en que, á costa de tantos años y servicios, ocupo un lugar eminente.

Chavigni. Yo desearia poder llenar vuestros deseos... y no soy yo quien se opone... es mi poco mérito. Confieso que no he nacido para diplomático; pero hay otras carreras que conducen tambien á la gloria.

Conde. Yo no estimo sino la mia.

Chavigni. Cada uno tiene su opinion; y como no entiendo una palabra de política, he vuelto á entrar en la milicia. Alli no son precisos los rodeos y ficciones... para dar ó recibir media docena de sablazos siempre se tiene bastante talento. En los combates, que deciden la suerte de los imperios, la pluma de un gran diplomático tiene menos poder que la lanza de un soldado... Los políticos estais siempre dispuestos á combatir y esterminaros sobre el papel. Vosotros razonais sin batiros; y nosotros nos batimos sin razonar.

Conde. Eso tendrá su mérito; pero por desgracia es el que está mas en oposicion con el que yo exijo de mi yerno. Para un hombre sensato puede haber nada mas absurdo que la guerra? Ese arte terrible no es por su naturaleza el enemigo de la diplomacia? Qué objecion se puede hacer á cien mil bayonetas? Qué argumento se ha de oponer á una bala de veinte y cuatro? Ese es el abuso, el triunfo de la fuerza; donde el sable reina el pensamiento es mudo, y la civilizacion perece... Volved la vista y vereis que en el silencio del gabinete, por la sola influencia de la razon, por hábiles y felices combinaciones, la ambicion recibe un freno, el poder un equilibrio, y la paz de las naciones consistencia y garantía. La política fuerza á los hombres á ser dichosos, sin armar á los unos contra los otros, ni der-

ramar su sangre. Hé aqui lo que merece admiracion. Esto es bello, sublime, el triunfo de la razon humana, y el honor de su genio.

Chavigni. En la apariencia, convengo; pero si conociéramos las causas secretas ó reales de los mas grandes sucesos... no sé qué diriamos. Sin quitar á los hábiles ministros y célebres negociadores la gloria que merecen, convenid vos mismo en que si siempre se dedujera del mérito la parte que pertenece á la casualidad, muchas veces quedaria bien poco al primero. Oh! la casualidad es un gran aliado en todas las carreras.

Conde. Pues yo sostengo que de nada le sirve á un hombre hábil, y que el talento lo hace todo; pero alguno se acerca. Es Rinfeld, secretario del príncipe; ya estoy con él en grande amistad.

ESCENA VII.

DICHOS. RINFELD, *que entra por el fondo haciendo reverencias.*

Chavigni. Quién será este caballero? algun empleado, tal vez, de la cancillería; misterioso como una cifra, y abultado como un protocolo.

Rinfeld. Podré tener el honor de hablar dos palabras en particular con el señor conde de Nieperg?

Chavigni. Que yo no incomode, por Dios. (*Reparando una cartera que está sobre un sillon de la izquierda.*) Aqui hay justamente una cartera con dibujos y grabados: alguno encontraré que sirva para mis trages.

Rinfeld. Vengo de vuestra casa, donde me han dicho que os encontraria aqui.

Conde. Qué novedades tenemos? Lograré por fin la audiencia del príncipe Rodulfo?

Rinfeld. He hecho cuanto he podido: V. E. no duda de mi celo é interes por sus asuntos; pero S. A. no quiere recibir á nadie esta mañana.

Conde. Qué contratiempo...! Ha llegado ya el enviado de Sajonia?

Rinfeld. No señor.

Conde. Esta tardanza tan favorable... y no sabré aprove-

charme de ella! No habrá medio alguno de ver al príncipe? *(Por lo bajo.)* Decidme, señor Rinfeld, estais seguro de que no recibirá á nadie?

Rinfeld. A nadie, escepto un estrangero, que no conozco, y que acaba de llegar... es un enviado de Francia, un Mr. de Chavigni.

Conde. Chit...! Silencio! estais seguro de eso?

Rinfeld. Como que tengo una carta para él de parte de S. A., y me ha encargado entregársela con el mayor secreto... Voy corriendo en su busca.

Conde (*Deteniéndole y aparte.*) Es inútil... está aqui... vedlo. *(Mostrándoselo.)*

Rinfeld. Es posible! Pues si vos le conoceis, vuestro asunto es cosa hecha. Se halla en el mas alto grado de favor con el príncipe, y podeis obtener por su mediacion cuanto gusteis.

Conde. No lo hubiera creido!

Rinfeld. Ni yo tampoco, y es una casualidad dichosa. Me recomiendo á V. E., que no olvidará el celo con que le he servido.

Conde. Bien conoceis mis promesas... jamas he faltado á ellas. Por ahora despachad vuestra comision y dejadme solo.

Rinfeld. Está bien. (*Dirigiéndose á Chavigni.*) Es Mr. de Chavigni, enviado de Francia, á quien tengo el honor de hablar?

Chavigni. El mismo... teneis algo que mandarme?

Rinfeld. El príncipe Rodulfo me ha encargado que os entregue reservadamente esta carta.

Chavigni. A mí? me parece que os engañais?

Rinfeld. A vos mismo, y os ruego digais á S. A. que he cumplido con toda exactitud mi comision. (*Le saluda y se va.*)

ESCENA VIII.

CHAVIGNI *y* EL CONDE.

Chavigni. (Mirando la carta sin abrirla.) Pues es cierto que si le han recomendado la reserva cumple perfectamente! No concibo qué puede ser esto.

Conde. (*Sonriéndose.*) De veras?

Chavigni. A fé mia: yo no he visto en mi vida al príncipe, ni creia tener el honor de que me conociese.

Conde. Vamos...!

Chavigni. Os lo juro...!

Conde. No teneis aun el hábito de fingir, no; vuestra sorpresa no es natural. Conozco algo la materia; pero haceis mal de disimular conmigo, porque sospecho muy bien lo que contiene ese billete.

Chavigni. Pues sabeis mas que yo; porque lo ignoro, y poco me importa... vedlo vos mismo.

Conde. De veras? No temeis que ese billete me revele...

Chavigni. Algun convite de baile.

Conde. (*Leyendo.*) «No puedo recibir en mi cuarto á Mr. de Chavigni, pero le ruego que me espere á la una en punto en el jardin de Surville. Su proximidad al lugar de la caza me proporcionará la ocasion de substraerme á la comitiva, y el gusto de hablarle algunos instantes.»

Chavigni. Qué cosa tan singular! me podeis esplicar qué significa esto?

Conde. Yo soy, amigo mio, quien debe haceros la pregunta... vos no habeis venido aqui sin un gran motivo.

Chavigni. Cierto... como ya os he dicho, vengo por esos malditos disfraces...

Conde. A otro perro con ese hueso. Semejantes pretestos pueden pasar para con mi hija, ó con madama de Surville... pero conmigo son hasta ridículos: inventad pues mejores razones, ó confesad que os obligan al silencio motivos particulares, en cuyo caso todo lo comprendo.

Chavigni. Qué tal! Si os decia yo bien hace un momento. Ya se alarma vuestro genio diplomático, forjándose mil quimeras... Tranquilizaos: en el ministerio de negocios estrangeros me desahuciaron para esto de intrigas y combinaciones... bien lo sabeis; pero sin embargo vuestra desconfianza y sagacidad cree hallar en cualquier friolera el mas grave acontecimiento...

Conde. Con que es una friolera que el príncipe cierre su puerta para todo el mundo, y haga una escepcion para vos? me rehusa á mí una audiencia, y os da á vos una cita... y lejos de palacio... y secreta... y en el jardin de esta misma quinta...!

Chavigni. Ciertamente que algo significa esto...! El prín-

cipe sabe tal vez mi comision; en la corte todo se sabe... puede ser que me quiera dar alguna idea sobre mis trages...

Conde. Dale con los trages! Esto es demasiado.

Chavigni. Pues no me agradaria... El consejo cuando viene de un príncipe, es preciso seguirlo; y sino entiende de trages... como es muy posible...

Conde. (*Con incomodidad.*) Esto pasa ya todos los límites. (*Refrenándose.*) Escuchadme, Chavigni. Yo os estimo, y creo tambien merecer vuestro aprecio...

Chavigni. Podeis dudar?

Conde. Pues bien; os convido con la paz ó la guerra. Cuál es vuestra mision cerca del príncipe, cuál es el objeto de esa entrevista... responded.

Chavigni. Bien quisiera... mas no puedo, por una causa que merecerá vuestra aprobacion.

Conde. Y cuál es?

Chavigni. Que lo ignoro absolutamente.

Conde. Que lo ignorais! Harto me dice esa respuesta, y ya estoy al cabo de todo. Bien; os declaro que impediré vuestra entrevista; que si es preciso advertiré de ella al gran duque, porque en el punto adonde las cosas han llegado la entrevista de su sobrino con el enviado de Francia, es muy impropia por no decir otra cosa... Ah! sí, él es; el príncipe que viene por el jardin.

Chavigni. Por vida mia que es verdad! Si tendrá razon...! puede ser... él entiende mejor que yo estas cosas.

ESCENA IX.

DICHOS. RODULFO.

Rodulfo. (*Mirando á Chavigni.*) Es Chavigni? Sí, él es... Dios mio! El ministro de Baviera...! cómo puede hallarse aun en este sitio.

Conde. No esperaba tener la dicha de encontrar á V. A...

Rodulfo. A Dios, señor conde; una casualidad muy singular me ha separado de los demas cazadores, y conducido á estos jardines... que no conozco. A quién pertenecen?

Conde. A la marquesa de Surville.

Rodulfo. Pero, no es Mr. de Chavigni?

Chavigni. A la orden de V. A.

Conde. V. A. lo conoce?

Rodulfo. Muchisimo... nos hemos visto con intimidad en Paris... y espero que mientras permanezca aqui, admitirá los obsequios de un antiguo amigo.

Conde. (*Aparte.*) Y el buena pieza aseguraba que no le conocia! (*Alto.*) Esta mañana me tomé la libertad de pedir á V. A. por su secretario un instante de audiencia.

Rodulfo. No era necesaria esa formalidad... para vos siempre estoy visible... Venid mañana, pasado mañana, cuando gusteis, y hablaremos de negocios. Hoy es dia dedicado al placer. El gran duque, á quien he dejado al otro estremo del Parque, se admiraba ya de no veros cerca de su persona.

Conde. Es posible!

Rodulfo. Esta noche... tenemos baile... concierto. Espero que asistireis... y lo mismo Mr. de Chavigni. Si mal no me acuerdo sois un violinista consumado.

Chavigni. (*Titubeando.*) Puede ser. (*Aparte.*) Jamas he tomado en las manos semejante instrumento.

Rodulfo. Y os gusta mucho la música?

Chavigni. Oh, ciertamente... muchisimo...

Rodulfo. Me alegro... hablaremos: mas tened entendido que en Alemania estamos por la música italiana. La corte es Rosinista decidida... os lo prevengo.

Chavigni. Pues lo siento... estoy por la independencia en punto á opiniones... y la mia está totalmente por la música alemana.

Conde. (*Aparte.*) Adulador!

Rodulfo. (*Aparte á Chavigni.*) Ved si podeis hacer que se vaya.

Chavigni. Ya entiendo. (*Acercándose al conde y por lo bajo.*) Y bien, mi querido maestro... teniais razon... El principe me encarga que busque un medio ingenioso para haceros despejar el campo. Yo confieso que por mas que hago no lo encuentro. Vos que me pusisteis en carrera, sed mi consejero en esta ocasion, y decidme de qué manera se puede alejar á un hombre de talento cuando es mueble que embaraza.

Conde. (*Con rabia concentrada.*) Entiendo; mas no goza-

reis largo tiempo de vuestro triunfo é ironía. (*Aparte.*) Corro al encuentro del gran duque, y le contaré lo que pasa. (*Saluda al príncipe y se marcha.*)

ESCENA X.

RODULFO *y* GHAVIGNI.

Rodulfo. Qué dicha! Se fue á la primera palabra que le dijisteis... Veo que sois un hombre hábil.

Chavigni. Señor...! V. A. me confunde...!

Rodulfo. No perdamos el tiempo... Llegais de Francia?

Chavigni. Esta misma mañana.

Rodulfo. Habeis comunicado á la marquesa de Surville las órdenes que traeis?

Chavigni. Sin duda.

Rodulfo. Gracias á Dios! Entonces podemos hablar sin rebozo, y concertar entre los tres... Pero venid, pasemos al cuarto de la marquesa. Sabeis dónde se halla?

Chavigni. Con la hija del enviado de Baviera.

Rodulfo. Malo! qué contratiempo! Temo que no he de poder hoy volveros á ver, ni á vos, ni á ella: empezaré por... *(Deteniendo la accion de meter la mano en la faltriquera del pecho.)* mas no sé cómo pediros este favor...

Chavigni. Y por qué razon, señor... yo solo deseo serviros en cuanto...

Rodulfo. Pues aqui teneis los dos retratos en cuestion; y desde este instante renuncio á su posesion, y podeis entregarlos á quien sabeis.

Chavigni. Cómo! V. A. pretende... que yo...

Rodulfo. He creido á lo menos... que entre jóvenes, esto no podia ofenderos... de otro modo...

Chavigni. Nada menos que eso...! pero...

Rodulfo. Pero hablemos de nuestro gran negocio. La presencia sola del conde de Nieperg bastará á demostraros el apuro en que me encuentro... y por un milagro del cielo, el enviado de Sajonia no ha parecido todavía. Su tardanza me ha dado tiempo para tomar algunas medidas...; pero ahora es preciso que ante todas cosas...

ESCENA XI.

DICHOS. ISABEL, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Isabel. Ay Dios mio! cuánta gente. No oís qué algaravía?
Chavigni. Qué significa esto?
Isabel. *(Caballos, perros, picadores.)* Es el gran duque, que vuelve de la caza, y entra á descansar en casa de madama de Surville.
Rodulfo. Cielos!
Isabel. Mi padre viene con S. A., y la marquesa ha corrido á su encuentro.
Rodulfo. Que puede conducirlo á este sitio.
Chavigni. Ah! ya caigo... El conde de Moreno. Sí, me amenazó con interrumpir nuestra conferencia.
Rodulfo. Gran Dios...! acaso le habeis descubierto...?
Chavigni. Yo no le he dicho á él ni á nadie una sola palabra. Yo no vengo aqui sino por mis trages de baile.
Rodulfo. Perfectamente... habeis hecho muy bien. Con el gran duque, sobre todo, os recomiendo la mayor circunspeccion.
Chavigni. Oh! podeis tranquilizaros.
Isabel. *(Aparte á Chavigni.)* Si supiérais qué muger tan buena y tan amable es esta marquesa! Cuánto se interesa por nosotros... se ha declarado nuestra protectora y ha prometido unirnos: haced pues cuanto os diga... cuidado; os lo recomiendo; *(Apartándose.)* pero aqui estan ya el duque y mi padre.

ESCENA XII.

DICHOS. EL GRAN DUQUE, *dando la mano á la* MARQUESA. EL CONDE DE NIEPERG. EL BARON DE SALDORF, *y acompañamiento de monteros y picadores. Los actores se hallan en escena en el orden siguiente.* ISABEL. EL CONDE. LA MARQUESA. EL GRAN DUQUE. SALDORF. RODULFO. CHAVIGNI.

Conde. Viva la caza! este noble ejercicio es el placer de los reyes, y el rey de los placeres.
Duque. Espero, señora marquesa, que perdonareis una visita tan imprevista.

Marquesa. Solo hubiera deseado saberla de antemano para recibir á V. A. del modo que merece.

Duque. El conde de Nieperg me ha hecho tales descripciones de la hermosura de vuestros jardines, que he deseado admirarlos por mí mismo.

Chavigni. (*Bajo á Rodulfo.*) Qué tal! decia yo bien?

Rodulfo. Estos jardines son efectivamente deliciosos, y como punto de reunion en la caza, no tienen semejante. (*La marquesa pasa al lado de Isabel.*)

Duque. Ya lo veo; por eso me habeis precedido. Príncipe Rodulfo, me alegro infinito de hallaros. Aqui teneis al señor baron de Saldorf, enviado de Sajonia, que llega en este instante, y solicita presentaros sus respetos.

Saldorf. A decir verdad, señor, yo creí poder disfrutar antes de esta honra; pero una avería de mi carruage me ha retardado algunas horas...

Rodulfo. (*Bajo á Chavigni.*) Dichosamente para nosotros.

Marquesa. Y podremos saber, señor baron, cuál ha sido esa avería?

Saldorf. A fé mia, que apenas lo sé yo mismo... El camino es hermoso y sumamente ancho... y á no haberlo hecho espresamente... en fin, un caballero poco cumplimentero, que sería un francés, con un aire de... lo reconoceria entre mil... y... calle...! ahi lo teneis, señora.

Marquesa. Cómo! el enviado de Francia! (*Aparte.*) qué talento...!

Conde. (*Aparte.*) Eso ha sido hecho con segunda intencion!

Rodulfo. (*Bajo á Chavigni.*) Bravo! escelente recurso: sois un hombre singular!

Duque. Cómo! la Francia tiene en mi corte un enviado y yo no le conozco!

Chavigni. Mi mision es, señor, de tan poca importancia, que no me he atrevido á solicitar... Solo tengo el encargo de arreglar los disfraces de un baile.

Conde. (*Aparte.*) Cómo! Tambien se atreve á engañar al gran duque? Este jóven tiene la osadía de un diplomático turco.

Duque. (*Para sí.*) Yo sabré penetrar sus designios. (*A Chavigni.*) Tenemos esta noche un baile, y cuento con vuestra asistencia.

Rodulfo. (*A Chavigni.*) Aceptad.

Chavigni. Tendré el honor de cumplir las órdenes de V. A.

Rodulfo. (*A Chavigni.*) Mirad que sois nuestra única esperanza.

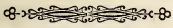
Duque. Mi sobrino hará hoy una eleccion digna de su clase. (*Yéndose con el acompañamiento.*) Señores, hasta la noche. A palacio.

Saldorf. (*Aparte.*) Este jóven me infunde sospechas...! Es preciso hacerlo saltar de aqui.

Conde. (*Aparte.*) No acabará el dia sin que yo te haga salir de la corte, jóven temerario. (*A Chavigni.*) Hasta la noche.

Chavigni. Hasta la noche. Pues señor, estoy metido en buen berengenal.

Acto segundo.



El teatro representa un pequeño salon de palacio. A la derecha la sala de baile: á la izquierda otra puerta que conduce al gabinete del gran duque.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE DE NIEPERG. ISABEL.

Isabel. Qué hermosa galería! admirable para un baile! No es verdad, papá?

Conde. (*Sin atenderla.*) Sí, hija mia, sí...

Isabel. Habeis reparado qué galopa se podia bailar? Es lástima que en Alemania no conozcan mas que el wals. Pero por qué razon cuando ya llega todo el mundo nos venimos á esta pieza desierta...?

Conde. (*Sin escucharla.*) Cómo se aumenta mi inquietud! No puedo negar que este diablo de Chavigni ha hecho ya grandes progresos en el ánimo del gran duque. Me habré engañado acerca de su talento? Ello es indudable que tiene mucho mas fondo que el que yo le suponia. Tiene sobre todo lo que en nuestra carrera he hallado yo mas dificil; una jovialidad, una serenidad con que sabe ocultar á todos los designios que medita. Durante la caza, ha tenido arte para entretener al gran duque con una multitud de cuentecillos, que aunque no me hicieron reir entonces, ahora no debo negar que tenian mucha gracia. Esperé un momento que los dos epígramas que lanzó contra el montero mayor le

indispusiesen con ese favorito; pero nada, fue el primero á celebrarlos.

Isabel. Pero papá, no entraremos esta noche en la sala del baile?

Conde. Y para qué? El príncipe no ha llegado todavía.

Isabel. Ya, pero yo estoy comprometida para el primer wals.

Conde. Ah! tú estás comprometida! y con quién?

Isabel. Vaya... pues qué no lo adivinais?

Conde. Cómo! acaso con Chavigni...? Vamos...! tiene una audacia para todo...! Pues te prohibo bailar con él.

Isabel. Pues bien, será preciso que retire mi palabra, porque ya habia aceptado.

Conde. Retirarle la palabra! no, no, eso pareceria un rompimiento.

Isabel. Entonces podré bailar?

Conde. No; tampoco. No estoy decidido todavía.

Isabel. Pero papá! Tambien habeis de mezclar la política en una contradanza?

Conde. Para un hombre de Estado, la hay en todas partes. En los negocios, todos se observan para no descubrirse; pero en un baile se acaba la reserva, y pocos cuidan mas que de divertirse. Entonces, sin desconfianza, dejamos escapar nuestros secretos, y muchas veces sucede que en una contradanza se averigua mas que en un congreso; pero bien reflexionado, te prohibo valsar con él.

Isabel. Cielos!

Conde. Pero te permito que le concedas una sola contradanza, una sola.

Isabel. Ya! eso es otra cosa.

Conde. Sí, y ademas en una contradanza se puede hablar, y él que es tan aturdido! Silencio; aqui lo tenemos.

ESCENA II.

DICHOS. CHAVIGNI.

Chavigni. Pues señor, confieso que estaba mal prevenido, y que en Alemania se encuentran cosas buenas. El cocinero de S. A. es á fé mia un grande hombre.

Conde. Hola, Mr. de Chavigni, de dónde se viene tan distraido?

Chavigni. De comer con el gran duque. Escelente cocinero tiene!

Conde. (*Aparte.*) Cielos! esto me faltaba. (*Alto.*) Y cómo ha sido eso?

Chavigni. Una casualidad. Me tomé la libertad de criticar ligeramente la cocina alemana, y S. A. se empeñó en destruir mis prevenciones.

Conde. (*Con aire desconfiado.*) Y ese ha sido todo el motivo?

Chavigni. Ni mas ni menos: escelente comida... y ademas una conversacion amenísima!

Conde. Con el príncipe?

Chavigni. No, con las damas de la corte. Les he confiado el objeto importantísimo de mi mision... los trages de baile que vengo á buscar...

Conde. Vuelta otra vez...!

Chavigni. Ya! para vos esto no tiene el menor interes; pero para aquellas señoras es un negocio de Estado. Me han ofrecido ayudarme... de manera que tengo ya todo lo que podia desear!

Conde. Oid, Chavigni: yo, como todos los hombres, estoy sujeto á errar... mas cuando he cometido faltas no titubeo en reconocerlas, y sobre todo me complazco en repararlas. Pues bien, lo confieso, os he juzgado mal, no os suponia los talentos ni la habilidad que habeis desplegado hoy. Mis prevenciones han desaparecido, y en prueba de ello, si quereis francamente uniros á mí y confiarme el objeto verdadero de vuestra mision, mi hija es vuestra.

Chavigni. Cielos! Sería posible?

Isabel. Qué bondad! cuánta generosidad! (*A Chavigni.*) Y no os arrojais á sus pies?

Chavigni. Sí, ciertamente: tal es mi deseo... pero es que...

Conde. Y bien, vacilais?

Chavigni. Seguramente que no; pero semejante dicha, un golpe tan inesperado en la situacion en que me encuentro... Concededme un instante de reflexion.

Conde. Oh! es muy justo.

Chavigni. (*Aparte.*) Qué voy á hacer? confesarle que... que no sé nada; que no tengo ningun secreto... que soy un majadero. El conde es capaz de no creer la

verdad, y si la cree, todavía es peor, pues pierdo su estimacion y toda esperanza á la mano de su hija... no por vida mia, no: sálvese al menos el honor... y no lo habremos perdido todo.

Isabel. Vamos, Chavigni, responded!

Conde. Estais decidido?

Chavigni. Sí señor: colocado entre mi deber y el amor, confieso que he estado para ceder al último; mas el talento que teneis la bondad de concederme, el mérito que creeis reconocer en mi conducta, todo lo perderia pronunciando una sola palabra. Para conservar vuestra estimacion debo callar. Esta es mi resolucion.

Isabel. Qué escucho, Dios mio!

Conde. Rehusar la mano de mi hija, desechar mis beneficios... qué desaire...! qué insulto...! (*Aparte.*) Admirable conducta...! Confieso que no esperaba tanto de este jóven... Qué veo! S. A. llega. Me voy al lado del príncipe...--Caballero, entre nosotros la alianza es ya imposible; pero contad con mi eterna estimacion. (*Aparte.*) Estoy aturdido; sin verlo por mí mismo jamas hubiera supuesto en un jóven tanta habilidad, tanto aplomo. Inmolar su pasion á sus deberes! Me he engañado completamente. Este jóven se hará conocer bien pronto! (*El conde se va: su hija se dispone á seguirle; pero Chavigni, deteniéndola por la mano, la conduce al medio del escenario.*)

ESCENA III.

ISABEL. CHAVIGNI.

Chavigni. Por vuestra vida una sola palabra; no me condeneis sin oirme.

Isabel. No señor, dejadme. Apenas lo puedo creer y lo he escuchado. Nuestra dicha dependia solamente de vos, y sois quien rehusais mi mano!

Chavigni. Sí; conozco que á vuestros ojos debo aparecer culpable, y sin embargo vos misma en mi lugar no hubierais podido hacer otra cosa... porque al fin, es preciso confesarlo todo; pero cuenta con descubrirme... yo no sé nada; yo no tengo el menor secreto.

Isabel. Esto es peor, caballero; querer disimular hasta conmigo propia. Vos que erais antes la misma franqueza... bien decia yo, que la diplomacia os echaria á perder, y cuando se toma una vez la costumbre...

Chavigni. Os atreveis á acusarme de impostura? Y qué interes tendria en engañaros? Os lo protesto; os lo juro... no sé nada... esta es la pura verdad; pero donde reinan el disimulo y la malignidad, yo creo que el medio mas seguro de disfrazar la verdad es decirla á voces.

Isabel. Y por qué os habeis colocado en semejante posicion?

Chavigni. Es acaso culpa mia? Me encuentro aqui sin saber cómo, y en el centro de todos los acontecimientos, como un accidente, cómo un paréntesis, y hasta ahora, gracias á Dios, sin haber hecho ninguna majadería; pero no podré decirlo mucho tiempo, pues ando como á la gallina ciega, y sin el menor objeto.

Isabel. Pero esa conferencia, esa entrevista secreta que habeis tenido esta mañana con el príncipe, y que tanto trastorna la cabeza á mi padre?

Chavigni. Pues no es eso lo mas estraño, sino que yo mismo que he asistido, no he entendido una palabra de cuanto he oido en ella. Todo lo que puedo decir es que S. A. despues de haberme felicitado por mi llegada, y sobre la mision de que estoy encargado, me ha entregado precipitadamente estos dos retratos que veis aqui.

Isabel. De veras?

Chavigni. Y que vos misma podeis examinar. Ya sabeis al presente tanto como yo; y no sé si diga mas.

Isabel. Veamos pronto.

Chavigni. Los diamantes son soberbios, y las dos damas muy lindas... no es verdad? Por desgracia no las conozco.

Isabel. Una de ellas es parienta del rey de Sajonia; la otra es una princesa, sobrina de nuestro soberano. Y á qué fin os han entregado estos retratos?

Chavigni. Os responderé como hasta aqui: no lo sé. S. A. me dijo solamente «entregadlos á quien sabeis;» y como yo nada sabia, se han quedado en mi poder. Pero por lo que acabais de decirme adivino

ahora que este debe ser un regalo que el príncipe desea hacer á los embajadores, porque al fin el retrato de sus princesas... Este presente podrá lisonjear á vuestro padre; y si puedo hacer alguna cosa que le sea agradable, quién sabe si este será un motivo para ganar su gracia y vuestra preciosa mano? Hacedme vos misma el favor de entregárselo, y decirle que yo mismo se lo envio de parte del príncipe.

Isabel. Voy corriendo... pero prometedme, juradme que solo sois diplomático por casualidad, y sin ninguna consecuencia.

Chavigni. Lo juro por vuestros ojos. Hay algo mas precioso?

Isabel. Que no sereis jamas hombre de Estado; ni os metereis en negocios...

Chavigni. Lo juro de nuevo... bien sabeis que nunca supe negaros nada.

Isabel. Por eso no quiero que seais diplomático: voy en busca de mi padre y vuelvo al instante, pues no habreis olvidado nuestra contradanza. *(Vase.)*

Chavigni. Jamas olvido yo cosas tan esenciales.

ESCENA IV.

CHAVIGNI. *Despues* SALDORF.

Chavigni. Ah! qué muger tan adorable! Cuán feliz seré cuando pueda llamarla mia! Cuando me haya retirado de los negocios. (*Viendo á Saldorf, que le saluda.*) Hola! qué nuevas me traerá este correo? pero es Mr. de Saldorf!

Saldorf. Tengo el honor de saludar á Mr. de Chavigni.

Chavigni. (*Contestándole.*) Señor baron! (*Aparte.*) Veámosle venir.

Saldorf. (Aparte.) Guarda silencio...! pues esto significa que tiene algo que decirme: esperemos. (*Hay un largo rato de silencio: los dos se miran y se sientan, Saldorf á la derecha y Chavigni á la izquierda: vuelven á mirarse segunda vez; por fin el baron impacientado toma la palabra.*)

Saldorf. Debeis hallaros muy cansado de vuestro viaje.

Chavigni. Me parece que yo era, señor baron, quien debia haceros esa pregunta.

Saldorf. Lo que es yo... hablándoos con franqueza...

Chavigni. (*Aparte.*) Ello es verdad que ha descansado en tierra en el camino.

Saldorf. Me encuentro bastante bien. Acabo de ver en este momento al conde de Nieperg.

Chavigni. Tambien yo.

Saldorf. Me lo ha dicho: lo veo tan prevenido contra vos, que por lo mismo me parece que un interes recíproco nos aconseja unirnos...

Chavigni. (*Acercando la silla.*) Lo que es por mi parte, estoy dispuesto.

Saldorf. (*Despues de un momento de silencio.*) El conde de Nieperg me ha tomado la delantera, y las probabilidades estan por él.

Chavigni. Y eso os incomoda, eh?

Saldorf. Ni lo mas mínimo: me es enteramente igual. Hablando francamente, no tenemos grande empeño en triunfar; pero sí el mas grande en que no triunfe el enviado de Baviera, y si pudiéramos bajo este principio entendernos...

Chavigni. Entendernos, eh...? No habria el menor mal en eso; pero ese es el punto dificil.

Saldorf. Y por qué causa? Cuál es la opinion del príncipe? Sobre todo, cuál es la vuestra? Esto es lo único que deseo saber de vos.

Chavigni. Señor baron... hablando francamente...

Saldorf. (*Aparte.*) Busca rodeos.

Chavigni. Mi opinion es tal, que me es sumamente dificil emitirla; pero sois demasiado hábil para no adivinarla... y...

Saldorf. Os entiendo perfectamente...

Chavigni. Ya estaba yo seguro de ello...!

Saldorf. (*Aparte.*) Es mas diestro de lo que yo pensaba.

Chavigni. Y si algo puede daros á conocer las intenciones del príncipe y mis disposiciones respecto á vos, es este presente. El os lo esplicará todo: es un retrato que conoceis, y que S. A. me ha encargado entregaros... ya entendereis?

Saldorf. (*Aparte examinando el retrato.*) Cielos! (*Alto, levantándosé.*) Cómo, señor, el príncipe Rodulfo? a instigacion vuestra...?

Chavigni. Sí señor.

Saldorf. A mí! un desaire semejante! una injuria de esta naturaleza...! no es la negativa lo que me ofende... la esperaba, y lo que es mas, la deseaba; pero despedirme de esta manera, ser el juguete de un complot...! y la víctima de vuestras intrigas...!

Chavigni. Yo, señor baron?

Saldorf. Vos, sí señor, vos; y el gran duque, incapaz de aprobar semejante conducta, lo sabrá todo palabra por palabra. Yo me uniré si es preciso con el enviado de Baviera para echaros de aqui, y todos sabrán vuestras tramas y proyectos. *(Vase.)*

ESCENA V.

CHAVIGNI.

Asi empezara por decírmelas á mí propio...! Hé aqui un hombre que aborrece la miniatura... y yo, pobre de mí, que creía haberlo compuesto todo perfectamente, y segun parece he hecho una majadería. Pues señor, ya estoy en hostilidad con la Sajonia. Si ejecuta sus amenazas, qué creerán de mí? Que soy un intrigante que ha venido á meterse en sus secretos... El camino mas corto que veo para salir de embrollos, es tomar las de Villadiego y que luego se entiendan... Marchar? y sin saber por qué? Sin reparar mi imprudencia? pues al fin sin saberlo parece que he cometido una muy grande, y que he puesto en el mayor apuro á este escelente príncipe, que amo con todo mi corazon... primero por agradecimiento, y despues, si es preciso decirlo, por curiosidad. Por fin conozco que á pesar mio me intereso en esta empresa... en esta empresa que no conozco, y en la que hago el principal papel...! y por otra parte mi contradanza con Isabel...! Diosa tutelar de mi existencia, poderosa casualidad, ven á mi socorro; inspírame lo que debo hacer... (*Suena dentro la música, que toca una contradanza.*) Qué oigo? la orquesta! estoy decidido... á bailar una contradanza.

ESCENA VI.

LA MARQUESA. RODULFO. CHAVIGNI.

Rodulfo. (*A la marquesa entrando.*) Sí, la tempestad está ya encima de nuestras cabezas; estamos perdidos! (*Viendo á Chavigni.*) Dios mio! Sois vos? cómo, desgraciado! aun estais aqui?

Chavigni. Sí señor...

Rodulfo. Ignorais los riesgos que á todos nos amenazan?

Chavigni. Por eso mismo me quedo.

Rodulfo. (*Corriendo á él.*) Ah! No esperaba menos de vos... Todavía tenemos un amigo fiel con el cual podemos contar.

Chavigni. En la vida y en la muerte. (*Aparte.*) Estas pobres gentes! Sería capaz de hacerme matar por ellas. Y parece que tambien la marquesa entra en la conspiracion!

Rodulfo. Y sabeis que á pesar de vuestra admirable serenidad, el gran duque está furioso contra vos?

Chavigni. Contra mí?

Rodulfo. Y como no teneis ningun carácter diplomático, ni estais acreditado cerca de su persona, puede mi tio, sin faltar al derecho de gentes, encerraros en una prision de Estado, de la que no sé si podré sacaros.

Chavigni. (*Aparte.*) Santos cielos!

Marquesa. Pero, qué es lo que ha hecho?

Chavigni. Eso es lo que quisiera saber.

Rodulfo. Si al menos me hubieseis prevenido... pero un golpe tan atrevido. Bien sabeis que entre dos potencias con quienes es preciso contemporizar, nuestra única esperanza era ganar tiempo, oponiendo la una á la otra, y...

Marquesa. Ese era nuestro plan.

Rodulfo. Y era mas prudente... Ahora bien, de un solo golpe este caballero lo ha destruido enteramente... y en mi nombre acaba de despedir á los dos enviados... al de Baviera y al de Sajonia... que estan furiosos...!

Marquesa. (*Sobrecogida.*) Cielos! se ha atrevido... (*Con firmeza.*) Y qué... ha hecho muy bien.

Chavigni. (*Con viveza.*) Verdad que sí?

Marquesa. Sí, solo esa resolucion puede salvarnos... Ig-

noro cuáles serán las consecuencias; pero siempre hubiera sido forzoso acabar por ahí... y jamas habriais vos consentido... jamas os hubiérais resuelto. Lo que mas me admira es que haya podido reduciros...

Rodulfo. Ha sido bien á pesar mio... Sin prevenirme, me ha obligado por la astucia mas diestra é infernal... Esos dos retratos que vos me habeis pedido, y que yo os destinaba...

Chavigni. (*Aparte.*) Dios mio! eran para ella! qué es lo que he hecho?

Rodulfo. Los ha entregado de mi parte al enviado de Baviera...

Marquesa. Y al de Sajonia...? Ya lo entiendo todo.

Chavigni. (*Aparte.*) Quién pudiera decir otro tanto!

Marquesa. Ah! Chavigni, cuánto os debemos!

Chavigni. Nada de eso, señora, mucho menos de lo que creeis.

Rodulfo. Sí, él nos ha salvado de un riesgo, pero para meternos en otro mucho mayor. Qué diré yo ahora al gran duque? cómo puedo motivar estas dobles calabazas, esta afrenta... Le confesaremos todo...?

Chavigni. Y por qué no?

Marquesa. Cómo! es esa vuestra opinion?

Chavigni. Seguramente, es menester que todo se aclare... yo estoy por una esplicacion general...

Rodulfo. (*A Chavigni.*) Pues bien, encargaos vos mismo de ello.

Chavgni. Yo! (*Aparte.*) Pues estoy fresco!

Rodulfo. Sí, solo vos podeis con vuestro talento y habilidad hacernos este último y señalado servicio. Yo por mi parte no me mezclo mas en el asunto: habeis comenzado, y es preciso que acabeis la obra.

Chavigni. Pero qué? señor! quereis... que...

Rodulfo. Sí, declarar al gran duque que amo mi libertad y quiero conservarla...

Chavigni. Eso es muy natural...

Rodulfo. Y que no quiero casarme.

Chavigni. (*Admirado.*) Qué...! qué...! qué...! cómo es eso?

Marquesa. Callad, alguien viene.

ESCENA VII.

DICHOS. ISABEL.

Isabel. (*A Chavigni.*) Hola, señorito! Vengo en vuestra busca. Haceis lindas cosas y cumplís perfectamente vuestras promesas.

Chavigni. Ah, Dios mio! El baile ha empezado; y nuestra contradanza!

Isabel. Sí, ahora estamos para contradanzas! acabo de ver á mi padre.

Chavigni. Que está furioso contra mí? Lo sé.

Isabel. Debiera estarlo; pero se ha tranquilizado. «Hija mia, me ha dicho, Chavigni me ha engañado con un arte, con una profundidad de que nunca le hubiera creido capaz; pero mi indignacion no me impedirá hacerle justicia; y todavía puedo perdonarle y aun darle tu mano con tal que la Sajonia no triunfe. Esto es todo lo que exijo de él.»

Chavigni. (*Aparte.*) Yo pierdo la chabeta!

Isabel. Ya veis, pues, como me engañabais: que estais mezclado en todo esto; que todo depende de vos; que mi padre consiente en nuestra union, y que ahora seré yo quien la rehuse.

Marquesa Y por qué razon?

Isabel. Por qué razon? Creereis, señora, que á mí propia, á mí, que me ama hace algunos años, me aseguraba hace un instante que nada sabia de cuanto está pasando?

Marquesa. (*Aparte.*) Jóven admirable! qué discrecion!

Isabel. Pues eso no es nada. Mi padre le ofreció mi mano con tal que le revelase el objeto de su mision y viaje, y no ha querido consentir!

Rodulfo. (*Pasando al lado de Chavigni.*) Sería posible! Oh amigo generoso! Jamas podré reconocer tantos sacrificios y favores; pero que un dia llegue yo al poder... que reine, y no quiero otro amigo ni consejero.

Marquesa. Y hareis perfectamente; entre tanto yo me encargo de la reconciliacion. (*A Isabel.*) Sí, querida mia; le perdonareis por mí, no es verdad?

Isabel. No tiene poca dicha en hallar tal protectora... á no ser por vos...! pero cuidado! que no triunfe la Sajonia. Esto es todo lo que le pido!

Marquesa. Tambien se lo rogaremos nosotros.

Isabel. No es verdad? Bien puede hacer por nosotros esa bagatela, porque al fin qué le importa á él que la Sajonia triunfe...?

Chavigni. Vaya... Si todos teneis empeño en ello... no triunfará. Á propósito: olvidamos nuestra contradanza.

Marquesa. Una contradanza! Y podeis pensar en un momento como este...

Chavigni. Pues no? siempre! no hay tiempo mejor empleado que en el baile y la música. Los cuidados, las penas y la política se olvidan al sonido de la orquesta. Un baile vale tanto como un tratado de alianza; y si yo fuera soberano, formaria todos mis vasallos en una sola contradanza para obligarles á darse la mano. Vamos, venid.

ESCENA VIII.

DICHOS. EL GRAN DUQUE, *que llega por el fondo del teatro en el momento que van á salir. Á su vista todos se detienen.* CHAVIGNI *y* LA MARQUESA *estan á su izquierda.* RODULFO *é* ISABEL *á su derecha.*

Duque. Un instante... adónde vais?

Chavigni. Perdonad, señor, es un negocio de la mayor importancia: nada menos que una contradanza con esta señorita...

Duque. Esta señorita me permitirá que le detenga su pareja por algunos instantes. (*A Chavigni.*) Tengo que hablaros. Estas señoras me harán el gusto de entrar en la sala de baile. (*A Rodulfo.*) Vos hacedme el favor de pasar á mi gabinete y esperar mis órdenes.

Marquesa. (Bajo á Chavigni.) Este es el momento de la crisis... defended bien nuestros intereses.

Rodulfo. (Del mismo modo.) Sois mi única esperanza. (*Da la mano á las señoras, y los tres salen por el fondo.)*

ESCENA IX.

EL GRAN DUQUE. CHAVIGNI.

(El primero se pasea con inquietud algun tiempo sin hablar, y entre tanto Chavigni dice el aparte siguiente.)

Chavigni. (Aparte.) Esto empieza á ponerse muy serio...

Yo habia creido adivinar qoe se trataba de una conspiracion, en la cual figuraba madama de Surville, y que la libertad del príncipe estaba comprometida; pero desde que me habló de celibato estoy mas á oscuras que al principio. Bonita posicion es la mia! pero nada me atormenta tanto como la curiosidad.

Duque. (*Sentándose.*) Acercaos, caballero. Las cosas han llegado á un término en que es preciso que conozca yo vuestras intenciones. Aunque solo llegasteis esta mañana sin objeto ostensible, en estas pocas horas no oigo hablar mas que de vos, y habeis revuelto toda mi corte.

Chavigni. Yo, señor!

Duque. Sí señor, vos. El enviado de Sajonia os acusa, el de Baviera se queja, y yo mismo estoy muy descontento del ascendiente que habeis tomado sobre mi sobrino. (*Se levanta.*) Vuestros consejos contrarían mis disposiciones.

Chavigni. Mis consejos, señor!

Duque. Los vuestros; el príncipe no escucha otros.

Chavigni. V. A. me permitirá observarle que en punto á consejos, los príncipes nos hacen el honor de ser de nuestra opinion, cuando nosotros tenemos el talento de ser de la suya.

Duque. Por lo que hace á talento, ya sabemos que teneis demasiado; mas ahora se trata de hablar claro. Vamos á lo que importa. Pues que tanta es vuestra influencia con mi sobrino, hoy mismo exijo que haga su eleccion.

Chavigni. Su eleccion! y me atreveré á preguntaros cuál?

Duque. Poco me importa... él es libre, y no es mi ánimo contrariar su gusto. Pero vos me respondeis de que esta misma noche, de un modo ó de otro el príncipe ha de quedar casado.

Chavigni. Casado! Cielos, estoy perdido!

Duque. Y por qué razon?

Chavigni. Hace un instante que S. A. acaba de manifestarme sus intenciones sobre el particular. Desgraciadamente estas no se hallan conformes con las de V. A., pues desea permanecer soltero.

Duque. Cómo! rehusa...? lo siento por vos; pero no reconozco en eso vuestra habilidad. El príncipe estaba

ayer resuelto y conforme á seguir mi voluntad: sé muy bien á qué debo atribuir hoy el cambio de su resolucion. Tened entendido, caballero, que la tribulacion y el desorden en que han puesto á mi Estado y familia vuestras hábiles intrigas y profundas combinaciones, no quedarán impunes. No faltaba mas que verme por ellas en hostilidad con dos potencias! Es preciso darles una contestacion... y una contestacion satisfactoria, al menos que no ofenda á ninguna de ellas. A vos toca el hallarla; y pues tan grande es vuestro saber y destreza, es preciso que busqueis un medio que nos saque de tales apuros. En fin, no olvideis, os repito, que es preciso que mi sobrino quede hoy mismo casado. De lo contrario, vos sereis responsable de su desobediencia... y no teniendo ningun carácter oficial, no os admireis de que, espirando el término, empiece por asegurarme de vuestra persona. A Dios: pesad bien vuestros propios intereses. (*Se entra en su gabinete.*)

ESCENA X.

CHAVIGNI. *Despues* LA MARQUESA.

Chavigni. Adónde diablos he venido yo á meterme? Qué significa este doble casamiento? Desde que creo entender alguna cosa, el negocio me parece mas embrollado que nunca. El tio quiere... el sobrino no quiere... y por qué demonios no quiere? Todo podria componerse. No, yo voy á hablarle claro y á decirle...

Marquesa. Y bien! Qué noticias?

Chavigni. Escelentes! Si el príncipe quiere, todo puede arreglarse.

Marquesa. Cómo es eso?

Chavigni. Escuchadme bien; para no errarlo, os repetiré las mismas palabras del gran duque. « Yo no quiero verme en hostilidad con dos potencias. Es preciso darles una contestacion, y una contestacion satisfactoria, al menos que no ofenda á ninguna de ellas. »

Marquesa. Ya! eso es justamente lo dificil.

Chavigni. Escuchad: no he acabado. « Es necesario (siempre es el gran duque el que habla) que mi sobrino quede hoy mismo casado... no me importa con quién; pe-

ro vos me sois responsable de que asi se verifique.»

Marquesa. Cielos! Qué decís? lo habeis conducido hasta ese punto?

Chavigni. Y confieso, señora, que sin gran trabajo; porque él mismo vino por su pie: pero ya veis que esto no puede durar mas tiempo, y es preciso que el príncipe se decida.

Marquesa. Sí, teneis razon; ahora, ó nunca. Una declaracion proporcionará al gran duque el camino de salir de sus compromisos. Lo mismo que él desea: sin preferir á ninguno de los gabinetes no se descontenta á nadie... pues al fin la fuerza sola de los acontecimientos... no es verdad...?

Chavigni. Oh! seguramente.

Marquesa. Asi pues, vos aconsejais al príncipe...

Chavigni. Sí, sin duda; no hay que vacilar.

Marquesa. *(Despues de una corta pausa.)* Pues bien, esperadme aqui; yo me encargo de todo, no os mezcleis ya en nada.

Chavigni. Eso es lo que mas deseo... porque despues de todo lo que he hecho hoy...

Marquesa. Voy á hablar al gran duque. La idea solo me causa un terror que me es imposible dominar.

Chavigni. (*Aparte.*) Y es verdad! Esta pobre marquesa tiembla como un azogado. Vamos, señora, ánimo, valor.

Marquesa. Sí, lo tendré; seguiré vuestros consejos... Es preciso que nuestra suerte quede decidida en el acto. Dentro de pocos instantes ó los tres estaremos perdidos, ó en la cumbre de la fortuna y los honores. A Dios, á Dios, amigo mio; esperadme aqui. (*Entra en el gabinete del gran duque.*)

ESCENA XI.

CHAVIGNI.

Pues señor, tambien de mí se va apoderando cierto miedecillo... Ó esta sala está muy fria, ó lo que es mas probable, yo estoy temblando de miedo. Esta pobre señora esponerse asi por mí? No sé si la delicadeza exige que la detenga... ó si debo dejarla obrar, por-

que es un paso tan atrevido... El diablo me lleve si yo sé lo que es, pero presumo que debe ser cosa terrible. Y yo soy el que ha combinado... el que ha conducido todo esto? La causa de tan grandes y maravillosos sucesos? Si el conde de Nieperg estuviese aqui, él, que sostenia esta mañana que todo es obra del genio; si nuestra empresa, cualquiera que sea, se consigue, todo el mundo se persuadirá de mi gran talento; pero y si no se consigue? Soy el ente mas ridículo y silbado...! Quién supiera lo que está pasando allá dentro! y si soy un majadero ó un diplomático consumado! Tal es la cuestion que se decide en este momento, sin que ni mi mérito ni mis faltas influyan en la resolucion del problema. Pero la marquesa no viene: mal presagio. Vamos, esto es hecho, soy un zopenco, y hé aqui al baron de Saldorf que me trae el aviso oficial.

ESCENA XII.

SALDORF *entra precipitado, y tomando aparte á* CHAVIGNI *le dice.*

Saldorf. Salgo del gabinete de S. A., y os quedo muy agradecido. Habeis hecho todo cuanto os pedí...

Chavigni. Quién, yo...!

Saldorf. (*A media voz.*) Sí: nuestros rivales no triunfan, es todo lo que deseaba. Daré cuenta á mi soberano de la parte que habeis tomado en este asunto, y ademas de una honrosa condecoracion, os prometo que podreis siempre contar con su benevolencia.

Chavigni. Cielos! Qué decís? Acaso se han pronunciado por la Sajonia?

Saldorf. Nada de eso; pero viene gente, silencio.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL CONDE DE NIEPERG *y* SU HIJA.

Conde. (*A Chavigni.*) Amigo mio, mi hija es vuestra.

Chavigni. Es posible!

Conde. Bravo, bravo! perfectamente conducido; y os doy gracias por mi parte de haberme servido en todo.

Chavigni. Ah! ya comprendo, el príncipe se ha pronunciado en vuestro favor.

Conde. Nada de eso; ya habeis sabido arreglarlo; (*A media voz.*) pero al menos se ha salvado el honor: la Sajonia no triunfa, y es todo lo que yo deseaba... y lo que vos podiais hacer.

Isabel. (*Bajo.*) No os dije yo, papá, que me lo habia ofrecido?

Conde. Convengo, querido mio, que nos habeis sorprendido. Qué aplomo! qué destreza! En medio de dos rivales interesados en vuestra ruina, habeis marchado con pie firme: los habeis separado de vuestro camino, y alcanzado vuestro objeto. Y es una francesa la que triunfa? bravo!

Chavigni. De veras...!

Conde. Pues bien, decidme todavía que en nuestras combinaciones, el genio y la habilidad son inútiles?

Chavigni. No, señor conde, acabo de verlo por mí mismo. (*Aparte.*) Esto es hecho, parece que decididamente soy un hombre de genio.

ESCENA XIV.

ISABEL. CHAVIGNI. EL GRAN DUQUE. LA MARQUESA. RODULFO. EL CONDE DE NIEPERG. SALDORF.

Rodulfo. Victoria, mi querido Chavigni! Todo está ya declarado y conocido!

Conde. Ya se lo he contado.

Duque. Entonces ya sabeis que todo está perdonado, y que he dado mi consentimiento. (*A Chavigni, que con aire de modestia importante se mantiene algo separado.*) Acercaos, señorito; (*A media voz.*) habeis salido del pantano á las mil maravillas... no esperaba yo menos de vuestra astucia. Sin embargo, no creais que me habeis engañado completamente. Apostaria á que este pretendido matrimonio no ha recibido aun las condiciones de la iglesia!

Chavigni. Señor... V. A... ya...

Duque. (*Siempre por lo bajo.*) Habeis hecho bien en decirlo, y fue una idea dichosa, pues que nos saca del apuro. (*Alto.*) Para probaros mi satisfaccion, si vues-

tra corte quiere privarse de vuestras luces y talento, me creeré dichoso en darles una honrosa ocupacion cerca de mi persona.

Rodulfo. No, mi querido tio; yo soy el que debe encargarse de sus adelantos, y espero que no nos abandonará. Tengo con él muchas deudas, que solo puede satisfacer una eterna amistad.

Saldorf. (*Pasando al lado de Chavigni.*) Yo tengo una gracia que pediros.

Chavigni. A mí, señor baron? y cuál?

Saldorf. Me ocupo en escribir memorias contemporáneas: es la moda. No me hareis el favor de darme, sobre esta importante negociacion tan admirablemente conducida, todos los datos y noticias necesarias para formar su relacion?

Chavigni. Oh, señor baron! (*Aparte.*) Pues á buena parte viene...!

Duque. Vaya, señores, entremos en el salon del baile... nos estarán echando menos.--Solo ruego una cosa á estos señores, y particularmente á Mr. de Chavigni: que por esta noche se guarde silencio acerca de lo que ha pasado: quiero reservarme para mañana el placer de dar esta noticia á toda mi corte... y que una negociacion que tanto honor os hace se inserte en la Gaceta oficial con todos sus detalles.--Vamos. (*Dirígense al baile.*)

Chavigni. (*Aparte.*) Gracias á Dios...! Por fin, mañana sabré todo lo que he hecho! (*Todos le rodean, le dan la mano, lo abrazan.--Cae el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

:spaño1 (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Segu-
-Haz bien sin mirar á quién.
mprovisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—
iga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—
nurió Napoleon.
acobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de
ia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura
anta Gadea.—Justicia aragonesa.
Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Lui-
-Luis onceno.—Llueven bofetones.
Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—Marcela,
cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—Maria Remond.—Marido de la
rina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale lle-
á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoleto.—
ilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas estraordinarias.—Me-
:azon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel—Memorias de un padre.—Men-
:on noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-
—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Moli-
.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortes.—Muérete y ve-
—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de
doncellas.
Ni el tio ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no
ga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es
o.—Novia de palo.—Novio y el concierto.
Obrar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurel.—
a casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.
Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—
es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—
a.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—
de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda par-
-Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Peri-
o entre ellos.—Perros del monte de San Bernando.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan
n drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de
adre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo
os enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—
neros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Pro-
unte.—Pruebas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.
Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quie-
er cómico.—Quince años despues.
Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey
ge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó
ortuna etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Artevel-
-Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la for-
, segunda parte.
Saul.—Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Se-
la dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bocane-
—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un
ionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto ma-
—Stradella.—Shakespeare enamorado.
Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—Tigre
Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué
na.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus ca-
os.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.
Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza
n pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vi-
e Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vic-
el candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.
Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de
.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio
la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una
er.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de fa-
a.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—
boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger ge-
sa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hom-
le bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un
de candil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.
Vaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

80 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **estrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y María, n.° 4, cto. principal, en las librerías de CUESTA y RIOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra.—*Almeria*, Alvarez.—*Alcoy*, Martí Roig.—*Algeciras*, Contilló.—*Albacete*, Canovas.—*Avila*, Corrales.—*Barcelona*, Piferrer.—*Badajoz*, Viuda de Carrillo.—*Baza*, Calderon.—*Baena*, Fernandez.—*Benavente*, Fidalgo.—*Bilbao*, García.—*Burgos*, Arnaiz y Villanueva.—*Cádiz*, Moraleda.—*Cáceres*, Viuda de Burgos é hijos.—*Carmona*, Moreno.—*Córdoba*, Manté.—*Cuenca*, Mariana.—*Ciudad Real*, Malaguilla.—*Calatayud*, Larraga.—*Coruña*, Perez.—*Cartagena*, Benedicto y Ródenas.—*Castellon*, Gutierrez Otero.—*Carrion*, Fernandez Merino.—*Ceuta*, Molina é Ibañez.—*Ecija*, Ripol.—*Elche*, Ibarra.—*Ferrol*, Tajonera.—*Granada*, Zamora.—*Gijon*, Marina.—*Habana*, Charlain.—*Huelva*, Osorno é hijo.—*Huesca*, Guillen.—*Jaen*, Calle.—*Jerez*, Bueno.—*Játiva*, Belber.—*Leon*, Parcero.—*Lérida*, Rexach.—*Logroño*, Verdejo.—*Lugo*, Pujol.—*Lorca*, Delgado.—*Loja*, Cano y Cerezo.—*Lima*, Calleja.—*Málaga*, Medina, Aguilar, Moya.—*Murcia*, Santamaría.—*Mahon*, Vinen.—*Oviedo*, Alvarez.—*Orense*, Perez.—*Ocaña*, Calvillo.—*Osuna*, Moreti.—*Pamplona*, Ochoa.—*Palencia*, Camazon.—*Palma de Mallorca*. Gelabert.—*Puerto de Santa María*, Valderrama.—*Plasencia*, Pis.—*Pontevedra*, Cubeiro.—*Ronda*, Moreti y Lombera.—*Requena*, Penen.— *Reus*, Molner.—*Rivadeo*, Fernandez Torres.—*Rioseco*, Pradanos.—*Sevilla*, Hidalgo.—*Santiago*, Calleja y Compañía.—*Salamanca*, Blanco.—*Santander*, Carabantes.—*San Sebastian*, Baroja.—*Soria*, Perez Rioja.—*Santo Domingo de la Calzada*, Regidor.—*San Lucar*, Esper.—*Segovia*, Alonso.—*Santa Cruz de Tenerife*, M. Ramirez.—*Talavera*, Sanchez Castro.—*Tarragona*, Aimat.—*Toledo*, Hernandez.—*Tortosa*, Miró.—*Tolosa*, Lalama.—*Teruel*, Baquedano.—*Valencia*, Navarro.—*Valladolid*, Rodriguez.—*Vitoria*, Echavarría.—*Vigo*, Fernandez Dios.—*Villanueva y Geltru*, Pers y Ricart.—*Ubeda*, Franco y Compañía.—*Zaragoza*, Yagüe y Viuda de Heredia.—*Zamora*, Escobar y Pimentel.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Fígaro: Cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragó: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de **D. José Zorrilla:** 13 tomos que se espenden sueltos, 220.

—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.